

# Carmen y Merimée

Merimée nació en París en 1803 y tras pasar por algunos cargos políticos, obtiene el cargo de inspector de monumentos históricos en 1841. Pero si hoy hablamos de este personaje, es por su actividad como escritor.

En 1825 escribe 8 comedias bajo el título general de Teatro de Clara Gazul, aunque no tuvo demasiado éxito entre la crítica. Un par de años después publica unas baladas con el nombre de La Guzla, que tampoco fueron demasiado apreciadas en su tiempo dado el contexto literario del momento.

No sería hasta 1829 cuando publica un libro de historia titulado Crónica del reinado de Carlos IX (considerado de gran valor) y una novela llamada Mateo Falcone, cuando reciba el apoyo unánime de público y crítica.

Carmen no será publicada hasta 1845. Ciertamente fue acogida con entusiasmo pero si no fuera por Georges Bizet, compositor que llevaría la obra a la ópera en 1875, no habría tenido tanto alcance.

El protagonista del libro es José, militar vasco que se enamora de Carmen, una gitana sevillana. Desde ese mismo momento, la desdicha será la nota predominante de la vida del muchacho. Carmen mata a una mujer y es condenada a entrar en la cárcel pero José decide dejarla en libertad antes de llegar a aquella, lo que se convertirá en su mayor error.

Perdidamente enamorado, José empieza a cometer robos y fechorías junto con Carmen, hasta que el marido de esta sale de la cárcel y se enfrentan. José matará a su marido, aunque como veréis si tenéis la oportunidad de leerlo no será el único que morirá a manos del joven.

La historia nos la cuenta un arqueólogo que declara haberse encontrado con un joven que resultará ser José. A partir de aquí conoceremos más sobre el militar y su historia.

A pesar de que muchos sólo conocerán la ópera de Bizet, no deberíamos dejar pasar la oportunidad de leer la novela, ya que el compositor hizo algunos cambios en la historia, por lo que podremos encontrar en el libro detalles desconocidos y al mismo tiempo importantes.

Es un libro bastante pequeño, unas 100 páginas, lo que facilita su lectura en poquito tiempo. Además emplea un lenguaje extremadamente sencillo (a pesar de incluir algunos conceptos del caló o del "chipén cañí" como lo denomina el arqueólogo) apto para cualquier persona, aunque no esté muy acostumbrada a leer.

A continuación os contaré un poquito más sobre los personajes, ya que aunque tengo que reconocer que Merimée no se detiene excesivamente en detalles, es fácil descubrir a través de la lectura un poco del carácter de estos personajes así como de sus circunstancias.

José es un militar vasco muy noble y que hasta el momento de conocer a Carmen ha cumplido con su obligación militar sin errores. Por desgracia para él se enamorará de Carmen, por lo que podemos decir que su conversión a delincuente se produce por culpa del amor, ya que en él hasta ese momento no se ve un ápice de maldad.

Por el contrario Carmen es una mujer compleja. Por un lado podemos decir cosas muy positivas, como que es una persona fuerte, decidida, que lucha por los suyos y sobre todo muy libre. Por otro lado es evidente que Carmen es cruel, utiliza a los hombres a su antojo si eso le sirve para conseguir sus objetivos.

Esto último a mí me crea un dilema, ¿podemos decir que Carmen tiene malos sentimientos? Yo no sabría que contestar ya que es verdad que utiliza a la gente, pero al mismo tiempo no lo hace en beneficio propio, sino todo lo contrario, sólo intenta ayudar a su marido y en general a los suyos.

A mi modo de ver, Carmen y José se complementan a la perfección. Él es pasivo, ella activa, Carmen es fuerte y decidida, mientras que José se deja llevar por un amor que le obnubila. Carmen es salvaje, pura pasión, mientras que José es completamente racional.

Tengo que reconocer que no es un libro que estuviera buscando para leer, pero lo encontré hace poco de forma casual y decidí comprarlo (por un precio irrisorio aunque lo hubiera comprado si fuera más caro porque tanto oír hablar de Carmen me había picado un poco la curiosidad).

Os lo recomiendo para pasar un buen rato (aunque breve) y para poder admirar una historia de amor que en ningún momento se hace pesada y que ni por asomo podría considerarse romántica, sino más una tragedia.

# CARMEN

**Dirección:** Vicente Aranda.

**País:** España.

**Año:** 2003.

**Duración:** min.

**Interpretación:** Paz Vega (Carmen), Leonardo Sbaraglia (José), Jay Benedict (Prosper), Antonio Dechent (El Tuerto), Joan Crosas (Dancaire), Joe Mackay (Teniente), Josep Linuesa (Lucas), William Armstrong (Fray Carmelo), Julio Vélez (Señorito), Emilio Linder (Aristóteles).

**Guión:** Joaquín Jordá y Vicente Aranda; basado en la novela de Prosper Mérimée.

**Producción:** Juan Alexander.

**Edición:** José Nieto.

**Fotografía:** Paco Femenía.

**Montaje:** Teresa Font.

**Dirección artística:** Benjamín Fernández.

**Vestuario:** Yvonne Blake.

**Estreno en España:** 3 Octubre 2003.

## SINOPSIS

Durante un viaje por España, el azar convierte al escritor francés Prosper Mérimée (Jay Benedict) en testigo de una historia apasionante. La naturaleza libre y enigmática de una mujer llamada Carmen (Paz Vega), su belleza meridional, su carácter arrebatado y pasional, hacen que el sargento José (Leonardo Sbaraglia) se convierta en víctima y protagonista de acontecimientos extraordinarios, de amores turbulentos y pasiones incontrolables, en una cadena de fatalismo, celos y sangre. Con cada nuevo amante de Carmen, con cada nuevo episodio de amor, pasión y celos, José da un paso hacia la marginalidad y la delincuencia. La muerte tiñe una y otra vez de rojo las manos de José hasta que finalmente, tras disparar contra el último amante de Carmen, intenta llevársela lejos y empezar una nueva vida. Pero ni las súplicas ni las amenazas le sirven de nada. En vano se humillará ante Carmen, ofreciéndole una vida próspera y feliz. Las apasionadas palabras de amor caen en el vacío y en la más terrible de las indiferencias. Y la impotencia y la pasión empujan una vez más la mano de José hacia la navaja desnuda. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si cada episodio de amor es una pequeña muerte, ¿cómo se puede retener todo el amor de Carmen, cómo se puede abrazar su fuego abrasador?



**CRÍTICA** por David Garrido**La tiranía de un mito**

A priori, a uno se le ocurren pocas combinaciones que encajen tan perfectamente como el universo habitual de Vicente Aranda, un director que ha hecho de las pasiones humanas llevadas a sus últimas consecuencias la principal (y casi única, pese a las inabarcables variantes que permite) referencia de su filmografía, y el racial personaje creado por Prosper Mérimée, mito incómodo donde los haya para la imagen de la España folklórica y atávica, pero cuyos atributos más tópicos tan bien se adaptan a los temas tratados por el cineasta en sus películas.

Contaba pues Aranda con una importante ventaja de partida, su propio crédito como cineasta y su experiencia manejando temas tan delicados, con la que compensar la incuestionable desventaja de que son incontables las versiones que de esta historia se han hecho y por lo tanto, no resultaba fácil conseguir una nueva aproximación que proporcionara la suficiente originalidad o atractivo a un personaje ciertamente maltratado a base de visiones del mismo no demasiado afortunadas. **El camino elegido por Aranda y Joaquín Jordá, su coguionista, es una adaptación inteligente, más centrada en el texto de la novela original que en sus versiones y en la que se han tomado algunas decisiones acertadas y otras que posiblemente resultan mucho más discutibles, como luego veremos.**



En primer lugar, hay que decir que una vez más Aranda sabe sacar partido del elevado presupuesto del que dispone, que le ha permitido reunir a un excelente equipo que dota de una brillante plasticidad a la película: todo lo que tiene que ver con la ambientación histórica, ya sea decorados, vestuario o la fotografía es impecable, consiguiendo de nuevo lo que ya hiciera en películas como "Libertarias" o "Juana La Loca": al tiempo que el telón de fondo es tan brillante como irreprochable, no distrae lo más mínimo del drama que está contando. En ese sentido, las secuencias iniciales de la película son impactantes: uno puede percibir con facilidad la carga de erotismo y el sudor que transpiran las trabajadoras de esa fábrica de tabacos donde empieza a desarrollarse la historia, situando de golpe al espectador en esa España que uno piensa tópica, llena de bandoleros con patillas, gitanas resultonas y descaradas, rasgueos de guitarra por las esquinas acompañando voces flamencas, pero que tiene una base muy real y que Aranda sabe, con la ayuda de su equipo, hacer convincente.



Hay que decirlo ya: **la interpretación de Paz Vega de Carmen es magnífica. Desde su primera aparición en pantalla, resulta perfectamente creíble que cualquiera pueda perder la cabeza por una mujer como ella y, mal que le pese a la actriz que dice estar ya harta de tanta escena subida de tono, ha pasado ya por derecho propio a ocupar el trono del animal erótico por excelencia del cine español, un trono del que va a costar trabajo bajarla: la carnalidad de su personaje, su irresistible magnetismo apoyado no sólo en su belleza sino en una forma de mirar y seducir espeluznante y, lo más importante, saber dotar al personaje de una historia y unas motivaciones claras que huyen de los tópicos más rechazables del mito (principalmente el racismo del que hacía gala la obra: esta Carmen tiene muy claro por qué hace lo que hace y no es una víctima de su educación gitana) permiten contemplar a una Carmen mucho más contemporánea y orgullosa, decidida a defender su libertad por encima de cualquier otra consideración y a no permitir que nadie haga de ella lo que ella no quiera. Una mujer libre.**

Frente a tal tormenta, **Leonardo Sbaraglia, a pesar de estar correcto en su composición del atormentado Don José, sufre el problema de la linealidad de un personaje al que resulta muy difícil aportarle cosas nuevas:** víctima de su obsesión por Carmen, Don José no evoluciona en ningún momento desde que pone sus ojos en ella. Todo su interés está en esa fantasía tan masculina de poseer en exclusividad, de ser el dueño y señor de Carmen hasta en los más mínimos detalles y domesticarla, convirtiéndola en esposa y madre de sus hijos... lo que desencadena su irresistible caída

y la tragedia por todos conocida. Resulta complicado colocar a la misma altura un personaje tan simple en sus motivaciones frente a otro tan complejo y rico como el que interpreta Paz Vega, y eso produce un fatal desequilibrio que a veces es perceptible en la obra, pero del que, sinceramente, no veo la forma de escapar si uno quiere ser más o menos fiel al texto original.

Y no es que la película no lo intente: además de la visión de Carmen, Aranda y Jordá utilizan una serie de recursos con resultados dispares. Por ejemplo, es un acierto introducir al propio Prosper Mérimée como un personaje más de la historia, con participación activa en ella, para hacer avanzar la trama. Eso resulta en una estructura dinámica que juega con los tiempos de la narración y permite alternar el sobado recurso del flash back con el tiempo presente y ocasionalmente la voz en off de una manera elegante y atractiva. Mucho más discutible es la importancia capital que se da en la película al hecho de que Carmen hable euskera y proclame su origen común con el navarro José como determinante de la primera decisión que toma éste de dejarla escapar en su primer encuentro y comenzar así su imparable caída: resulta tan forzado que suena a impostado, falso y choca hasta al espectador más crédulo.



Por lo demás, hay que decir que la película tiene un problema que, pese a todos sus esfuerzos en ese sentido, no acaba de superar: la conciencia en el espectador de que está frente a un mito conocido cuyos comportamientos puede anticipar de antemano. No es sólo la seguridad de saber cómo va a acabar la historia, es algo más. Por mucho que director y guionista se esfuercen en dar-le al personaje más profundidad de la que tiene, al final Carmen es esclava de su propio mito y no consigue trascender-lo: no se explica del todo bien la necesidad imperiosa del personaje de provocar su propia destrucción y acelerar el proceso con los comportamientos que despliega en el último tramo de la obra y queda esa explicación más dejada a la percepción previa que de ese mito tiene el espectador que a lo que se ha desarrollado en pantalla, con lo que, en cierto modo, se va en contra de la primera intención de la película para caer en el tópico del que se pretende huir, un defecto bastante importante.



En cualquier caso, "Carmen" es un personaje fascinante y una película correcta que, más allá del inevitable erotismo que Aranda rueda con su brillantez habitual o de las estúpidas polémicas entre director y productor que han empañado el estreno, permite disfrutar de una Paz Vega soberbia en todos los sentidos que domina la escena con su magnética presencia, que hace muy creíble su *femme fatale* primigenia tal y como Aranda la imagina, y no por ello pierde la oportunidad de darle al personaje un fondo que permita afrontar la difícil tarea de casar los aspectos más extremos de mito con una explicación más creíble y menos racial de sus actos. No conseguirá todos los objetivos perseguidos, ya se ha dicho, pero eso no ha de impedir reconocer las virtudes de una película complicada que encaja a la perfección con la reciente filmografía de un director que sabe retratar la pasión amorosa como pocos en este país.

# críticas

16-B

La pista de las estrellas:

- ★★★★★ Imprescindible
- ★★★★ No se la pierda
- ★★★ No lo lamentará
- ★★ Se deja ver
- ★ Allá usted

por: Ricardo Aldarondo, Jordi Batlle Caminal, Jordi Costa, Jorge de Cominges, Fausto Fernández, Fernando Méndez-Leite, Marcos Ordóñez, Jesús Palacios, Esteve Rimbau, Sergi Sánchez, Mirito Torreiro, Antonio Trashorras y Nuria Vidal.

## Carmen ★★★

**Dirección:** Vicente Aranda. **Intérpretes:** Paz Vega, Leonardo Sbaraglia, Jay Benedict, Antonio Dechent, Joan Crosas. **Guión:** V. Aranda y Joaquín Jordá, sobre la novela de Prosper Mérimée. **Fotografía:** Paco Femenía. **Música:** José Nieto. **Nacionalidad:** España, Gran Bretaña, Italia, 2003. **Duración:** 115 minutos. **Género:** Drama.

Como pórtico de su *Carmen*, Prosper Mérimée sitúa una frase de un filósofo menor griego, Paladas, que no deja lugar a dudas sobre las filias y fobias que le merecen sus personajes: *Toda mujer es hiel. Pero tiene dos momentos buenos: uno en el tálamo; el otro, al morir.* Ello no obstante, y aunque jamás el autor niega su simpatía por don José, víctima de su pulsión amorosa, y muestra una aversión fascinada por Carmen, su capacidad para recrear estos amores contrariados no le impidió bordar un completo cuadro trágico: la mujer como aspiración y tormento; los fantasmas de los celos y la posesión masculina; el conflicto entre el orden, representado por don José, y el desorden a que propende la libertad radical de Carmen; la diferencia entre la vida sometida a órdenes y el vivir al margen de la ley...

Con la ayuda de Joaquín Jordá en el guión, su habitual talento para la reconstrucción histórica y su excelente pulso dramático, Vicente Aranda firma con *Carmen* su mejor película desde hace años. Porque supone la mejor reconstrucción filológica del original; porque, sin

Para hispanófilos y amantes de pasiones desbordadas.

Lo mejor: la cuidadosa adaptación, la más inteligente de la novela de Mérimée.

Lo peor: el estúpido enfrentamiento entre productor y director, que va en detrimento de la película.



Leonardo Sbaraglia y Paz Vega.

terminar de traicionarlo, sabe dar de su protagonista femenina un nuevo ángulo desde el cual juzgarla, al crearle una sucinta biografía que sirve para entender la actitud de Carmen hacia los hombres -y, no menos importante, al borrar el racismo de la trama-, y de paso, mejora la sintética frase con que se cierra la tragedia: *Los calés son culpables por haberla educado así.* Porque, al operar algunos cambios significativos en la historia, refuerza el sentido de lo narrado en una dimensión contemporánea: las secuencias íntimas son explícitas, claro está; don José es aquí más piadoso, y su caída, más

abrupta; Carmen toma parte activa en la muerte del Tuerto; don José mata a Lucas, el torero; y lo fundamental, ese final lejos del panteísmo paisajístico, tan del gusto romántico, de la novela, y su sustitución por igual acción en una catedral... De todo ello emerge una Carmen vigorosa y decidida, alguien más capaz de amar, pero también de asumir, orgullosa, que la vida no tiene sentido sin su propia libertad... Y atención a la descomunal Paz Vega: de aquí puede despegar a donde le dé la gana.

Mirito TORREIRO

Preestreno y entrevista con Paz Vega en este número

## Mystic River ★★★

**Dirección:** Clint Eastwood. **Intérpretes:** Sean Penn, Tim Robbins, Kevin Bacon, Laurence Fishburne, Laura Linney. **Guión:** Brian Helgeland, sobre la novela de Dennis Lehane. **Fotografía:** Tom Stern. **Música:** C. Eastwood. **Título original:** *Mystic River*. **Nacionalidad:** USA, 2003. **Duración:** 137 minutos. **Género:** Thriller.

Deuda de sangre, la última película que Clint Eastwood dirigió e interpretó, produjo una cierta decepción entre sus muchos fans. Se notaba en ella el cansancio del actor ante un papel que no le resultaba adecuado y que lastraba la dirección. Por eso, esta nueva película, en la que no aparece como actor, ha sido una agradable sorpresa. En realidad mu-

Para amantes del mejor Clint Eastwood.

Lo mejor: la química entre Sean Penn y Tim Robbins.

Lo peor: que el Jurado del Festival de Cannes la dejara fuera del palmarés.



Laura Linney y Sean Penn.

cho más que agradable, ha significado un reencuentro con el mejor Eastwood, el más sobrio, el más duro, el más clásico. Aunque la historia sucede en Boston, se puede decir que es casi un western urbano y suburbial. Los protagonistas son tres amigos, Jimmy, Dave

y Sean. Un día, cuando apenas han superado la niñez, Dave es raptado por unos desconocidos. Después de eso nada volverá a ser lo mismo, ni para él, ni para sus amigos. 25 años más tarde vuelven a encontrarse en unas circunstancias dramáticas que les afectan a los tres. Esta historia de violación de la ino-

ciencia, de amistad rota y de venganza innecesaria, está brillantemente servida por tres actores impresionantes. Sean Penn llena de ira y furor el personaje de Jimmy, condenado a ser el verdugo, aunque no quiera; Tim Robbins transmite toda su indefensión y dolor a Dave, víctima predestinada a la inmolación; Kevin Bacon consigue el equilibrio y frialdad que Sean necesita para ejercer de juez entre sus dos amigos. Clint Eastwood ha transformado el best seller de Dennis Lehane en una película casi perfecta en la que la sórdida historia que nos cuenta y la sólida factura con la que la pone en imágenes alcanzan una sintonía muy pocas veces igualada.

Nuria VIDAL

Preestreno en este número

—Carmencita —pregunté—, ¿ya no me quieres?

No respondió nada. Estaba sentada en una estera, las piernas cruzadas, y hacía rayas con el dedo en la tierra.

—Carmen, cambiamos de vida —le dije, en tono de súplica—. Vayamos a vivir a algún sitio donde no estemos separados jamás. Sabes que, no lejos de aquí, tenemos ciento veinte onzas enterradas bajo una encina... Además, tenemos aún fondos en las arcas del judío Ben-Joseph.

Se sonrió, y me dijo:

—Primero yo, después tú. Sé perfectamente que así debe ocurrir.

—Reflexiona —continué—; estoy en el límite de la paciencia y del ánimo; decidete o decidiré yo.

La dejé y fui a pasearme por la parte de la ermita. Encontré al ermitaño rezando. Esperé a que terminara sus oraciones; me habría gustado rezar, pero no podía. Cuando se levantó, fui hacia él.

—Padre —le dije—, ¿quiere usted rezar por alguien que está en gran peligro?

—Rezo por todos los afligidos —dijo.

—¿Puede usted decir una misa por un alma que quizá va a comparecer ante su Creador?

—Sí —respondió, mirándome fijamente. Y como había algo extraño en mi aspecto, quiso hacerme hablar.

—Me parece que le he visto en otra ocasión —dijo.

Dejé una piastra sobre el banco.

—¿Cuándo dirá usted la misa? —le pregunté.

—Dentro de media hora. El hijo del ventero de allá va a venir a ayudar. Dígame joven, ¿no tiene usted algo en la conciencia que le atormenta? ¿Quiere usted escuchar los consejos de un cristiano?

Yo estaba a punto de llorar. Le dije que volvería y me

taigne, *Enigma*, III, VIII. A pesar de esta y otras manifestaciones de Carmen, en el cap. IV el autor afirmará que los gitanos no son supersticiosos.

[178]

marché deprisa. Fui a echarme en la hierba hasta que oyera la campana. Me acerqué entonces, pero permanecí fuera de la capilla. Volví a la venta\* cuando acabó la misa. Casi tenía la esperanza de que Carmen hubiese huido; habría podido coger mi caballo y marcharse... pero la encontré. Ella no quería que se pudiera decir que tenía miedo de mí. Durante mi ausencia, había deshecho el dobladillo de su vestido para quitar de él los trocitos de plomo. Ahora estaba ante una mesa, mirando en un barreño lleno de agua el plomo que había fundido, y que acababa de echar en ella. Estaba tan ocupada con su magia que al principio no se dio cuenta de mi regreso. Unas veces cogía un trozo de plomo y le daba vueltas por todos lados con aspecto triste, otras cantaba alguna de esas canciones mágicas que invocan a María Padilla, la amante de don\* Pedro, que fue, se dice, la *Barr Crallisa* o gran reina de los gitanos<sup>160</sup>.

—Carmen —le dije—, ¿quieres venir conmigo?

Se levantó, tiró el lebrillo y se puso la mantilla por la cabeza como dispuesta a partir. Me trajeron el caballo, montó en la grupa y nos alejamos.

—Así que —le dije, después de haber caminado un trecho—, ¡Carmen mial, quieres seguirme, ¿no es eso?

<sup>160</sup> Se ha acusado a María Padilla de haber hechizado al rey don\* Pedro. Una tradición popular cuenta que había regalado a la reina Blanca de Borbón un cinturón de oro, que apareció a los fascinados ojos del rey como una serpiente viva. De ahí la repugnancia que éste siempre mostró hacia la desgraciada princesa. (*N. del A.*) Advertimos de nuevo que, así como en el texto literario P. Mérimée acababa de escribir «don Pedro», la nota lo afrancesa a medias en «don Pedro».

Excepcionalmente en francés el nombre de María, «Marie», Padilla y el de la reina «Blanche de Bourbon», en este caso necesariamente, por tratarse de una princesa francesa. «Bari Crallisa», significa, como dice el texto, «gran reina». El propio P. Mérimée diría en la *Histoire de don Pedro 1.<sup>er</sup>* que tiene poco fundamento considerar gitana a María Padilla, porque esta cina apareció en España un siglo después. Th. Gautier en el *Vieje en España* (cap. XIV) también trata de María Padilla. La expresión «Bari Crallisa» pudo tomarla Mérimée de Borrow.

[179]

16 B-2

—Te sigo a la muerte, sí, pero no viviré más contigo. Estábamos en una garganta solitaria; detuve el caballo.

—¿Aquí es? —dijo, y se apeó de un salto. Se quitó la mantilla, la echó a los pies, y permaneció inmóvil, mirándome fijamente, con el puño en la cadera.

—Quieres matarme, lo veo claro —dijo—; está escrito, pero no me harás ceder.

—Te lo ruego —le dije—, sé razonable. ¡Escúchame! Todo el pasado está olvidado. Lo sabes, a pesar de todo, eres tú quien me ha perdido; es por ti por quien me he convertido en ladrón y homicida. ¡Carmen! ¡Carmen mío! Déjame salvarte y salvarme contigo.

—José —respondió—, me pides lo imposible. Ya no te amo; tú me amas todavía y por eso quieres matarme. Aún podría perfectamente decirte alguna mentira, pero no quiero tomarme esa molestia. Todo ha acabado entre nosotros. Puesto que eres mi rom\*, tienes derecho a matar a tu rom\*<sup>161</sup>, pero Carmen será siempre libre. Nació call\*, morirá call\*.

—Así pues; ¿quieres a Lucas? —le pregunté.

—Le he querido, sí, un instante como a ti, quizá me nos que a ti. Ahora ya a nada estoy apegada, y me odio por haberte querido.

Me eché a sus pies, tomé sus manos, las regué de lágrimas. Le recordé todos los momentos de dicha que habíamos pasado juntos. Le ofrecí seguir siendo salteador de caminos para agradarla. Todo, señor, todo; le ofrecí todo, con tal de que accediera a quererme aún.

Me dijo:

—Quererte aún es imposible. No quiero vivir contigo.

<sup>161</sup> La idea está en *La Gitanilla*, de Cervantes, donde dice un gitano: «nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas o amigas».

El furor se apoderaba de mí. Saqué la navaja. Yo habría querido que tuviera miedo y me pidiera clemencia, pero esa mujer era un demonjo.

—¡Por última vez! —grité—. ¿Quieres seguir conmigo?

—¡No! ¡No! —dijo, golpeando el suelo con el pie, y se quitó del dedo una sortija que le había regalado yo, y la tiró a la maleza.

La herí dos veces. Era la navaja del Tuerto, que había cogido después de romper la mía. Cayó al segundo navajazo, sin gritar. Creo estar viendo aún sus grandes ojos negros mirarme fijamente, luego se nublaron y se cerraron. Quedé anonadado más de una hora ante el cadáver. Recordé después que Carmen me había dicho frecuentemente que le gustaría ser enterrada en un bosque. Cavé una fosa con el cuchillo y la dejé allí<sup>162</sup>. Durante mucho tiempo estuve buscando la sortija y al fin la encontré. La puse junto a ella en la fosa, con una cruceta. He cometido quizá un error. Monté seguidamente en mi caballo; galopé hasta Córdoba y me di a conocer en el primer cuerpo de guardia. He dicho que había matado a Carmen; pero no he querido decir dónde estaba el cuerpo. El ermitaño era un hombre santo. Ha rezado por ella. Ha dicho una misa por su alma. ¡Pobrecilla! Los *calé*\* son culpables por haberla educado así.

<sup>162</sup> Con la gran diferencia de estilo, en *Carmen* muy conciso, en *Manon Lescaut* de períodos amplos, la escena es semejante a la de la novela del abate Prévost. También se encuentra en el fondo de esta escena un pasaje de *La Gitanilla*, de Cervantes, donde un gitano, después de declarar a los suyos jueces y verdugos de sus mujeres, añade: «las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos».